

mente influido por un movimiento que, si latente en la atmósfera literaria, sólo habría de concretarse y como corporizarse dos siglos después.

Los novelistas clásicos, y Cervantes es el monarca de la noveística, centran al hombre en el tuétano de sus obras, y del hombre y de sus hechos escriben, limitando a lo estrictamente indispensable el «medio» en que se desenvuelven. Los autores dramáticos, en cambio—y en particular los clásicos españoles, padres verdaderos de la comedia moderna universal!—, no desdeñan la descripción rigurosa de paisajes y de lugares de acción, cuando emprenden un relato por boca de sus personajes. Ello se explica porque la novela es función de historiadores, siquiera historien sus propias invenciones, mientras que el teatro de nuestro Siglo de Oro es obra de poetas ganosos de exprimir el fruto de sus imaginaciones sin omitir una gota de sus esencias. Aparte de que ya no es novedad el reconocimiento de que las raíces del Romanticismo se clavan en nuestro teatro del XVII.

El genio de Cervantes pudo tal vez haber acometido esta revolución incorporando el paisaje a la noticia, y probablemente lo habría hecho si su obra fuese datada pocos años después de su fecha, cuando Lope, Tirso y Luis Vélez, magníficos paisajistas, describían cuidadosamente, sin omitir detalle, ciudades, campos, mares y habitaciones.

La ausencia del paisaje en el conjunto de la obra cervantesca denota, por otra parte, dos cosas: el supremo valor que Cervantes concede al hombre y la condición mediatizada del escritor que, cuando anda por el mundo sin compañía, nada encuentra digno de mirarse con pupila escrutadora. Mira entonces para sus adentros y se sume en sus propias cavilaciones. En cambio, qué atenta mirada la suya, qué impresionable retina, qué rápida, aguda y honda percepción de las prendas y calidades humanas, y qué morosas descripciones de los hombres y de las mujeres que topa frente a sus ojos; así de sus somáticos detalles como de sus arreos y vestidos, como de su exacta psicología, por esotérica u oculta que se le aparezca. Mismamente, cuando discurre sobre las ciudades, discursos que huelga reproducir por estar divulgados hasta en azulejos, no juzga en realidad los paisajes urbanos, sino su carácter de aglomeración humana, de cuerpo vivo con alma colectiva.

Sólo hemos de deplorar que nuestro paisaje campestre y urbano del siglo XVI, nuestra Mancha entonces no tan reseca y desarbolada como ahora, nuestra Sevilla letrada, picaresca y salada, nuestra Toledo imperial, nuestra Salamanca rufa y académica, nuestra Barcelona fastuosa, artesana y cortés, se hayan privado de documentos literarios para reconstituirlas físicamente tan suntuosos y tan dignos de fe cual los que habría podido legarles el más vidente de sus paseantes.

Buena compensación, empero, la estupenda galería de retratos, la insuperable relación de costumbres, la soberbia aportación, en suma, de Miguel de Cervantes, para el profundo conocimiento del ser de España, en el siglo de su mayor auge, fuese cualquiera el perfil y el color de su campo, el orden de sus edificaciones y la exacta disposición de sus hogares.

Como el lector de Cervantes anda por sus novelas, caminan los ciegos mundo adelante y, en verdad, que ciego alguno perdió ocasión de conocimiento humano por ignorar el tinte del paisaje. Y a Cervantes, por encima de todo, le interesaba el hombre, gracias al Hacedor sean dadas, porque al honrar al hombre se reverencia a Dios y se redime el alma.

Federico Romero